

H. Rafael Sampedro LLoréns, S.J.

Alicante- 21/11/1925 – Valencia 26/02/2020

Se cuenta en el evangelio cómo Mateo, que estaba sentado detrás de su mesa en la oficina manejando los dineros, de súbito, ante la llamada de Jesús, lo deja todo y se va tras Él. Eso dice el evangelio que hizo Mateo.

Eso hizo también en su día Rafael Sampedro, allá por el año 45 en su Alicante natal. Trabajaba en un banco, el Hispanoamericano matizaba él; muy joven, con unos veinte años, acababa de ganar unas oposiciones de promoción interna, tenía un futuro prometedor, pero ante la llamada de Jesús, lo dejó todo y se fue en su compañía, a la Compañía de Jesús, a comenzar una vida nueva en la vera del Moncayo, en Veruela.

Esa vida nueva, esa decisión, ha durado casi 75 años.

¿Qué ha llenado esta vida, de qué se ha compuesto, con qué se ha tejido?

Rastreando la trayectoria de este hombre encontramos cuatro componentes que han estado muy presentes en la persona y la biografía del H. Rafael: **piEDAD, fidelidad, servicialidad y cruz.**

Piedad.

Sí. El H. Rafael entra en la Compañía y sigue a Jesús porque pertenecía a la Congregación Mariana de jóvenes que los jesuitas regentaban en Alicante. Él era un muchacho de aquellos, fervoroso y muy devoto de la virgen. Y devoto lo será toda su vida.

Ha tenido en su habitación, en la mesilla y entre sus manos, como la joya más preciada, la medalla de la Virgen de aquella Congregación. Está desgastada con el sinfín de besos y caricias con que la habrá venerado y regalado año tras año, día tras día. Esos gestos eran expresión de su ternura espiritual, de su vida interior, de su vinculación a Dios, a la Virgen y a todo lo sagrado.

Se le veía contento participando en las celebraciones religiosas comunitarias y con gozo recibía la comunión en su cuarto, cuando no venía a la capilla. El rosario, mil veces pasado entre los dedos y envejecido, siempre ha estado de un lado a otro, encima de la mesita o por los muebles de su habitación.

Sin duda que fue esa piedad, tierna y cuidada, la que le llevó al seguimiento de Jesús y es la que le ha sostenido y alimentado a lo largo de su vida.

Fidelidad.

Es esta una de las características más evidentes del modo de ser del H. Rafael. Fidelidad, por supuesto, a esa vocación primera que con celo ha mimado y conservado hasta el final de su larga vida; pero fidelidad, responsabilidad, cumplimiento del deber... en todo lo que estuviera de su mano. Dejar algo de la mano del H. Sampedro era garantía de que saldría adelante, teníamos la seguridad de que estaba en buenas manos.

También fidelidad con los dineros. Dice Jesús: *no podéis servir a Dios y al dinero*. El H. Rafael dejó los dineros en el mundo para servir a Dios, pero paradójicamente, los estuvo manejando constantemente en su oficio de administrador, y con cantidades importantes y durante muchos años. Evocando a los binarios y ducados de los ejercicios, los dejó para retomarlos de nuevo, pero para que se pusieran sin sombras al servicio de la causa de Dios. En su relación con ellos, los doblegó para que siempre fueran medio al servicio de causas buenas y nobles y no fin en sí mismos.

En lo pequeño y en lo grande, fidelidad, constancia, lealtad... son valores que han marcado el modo de ser de este nuestro compañero que se nos ha ido.

Servicialidad

La vida del H. Rafael está llena de servicialidad, pero servicialidad desde la trastienda, desde la discreción.

Recordaba él con gran satisfacción sus veinticinco años de administrador del Instituto Bíblico de Roma y su estrecha relación con aquel profesorado. Una institución de renombre, con grandes investigadores y profesores sabios y de gran notoriedad, pero todo aquello, admiración de muchos, funcionaba porque detrás había jesuitas que, como el H. Rafael, cumplían calladamente con su deber en las tareas sencillas y monótonas de cada día. También en la prosaica contabilidad económica.

Eso hizo en Roma, y también en Gandía, y además ministro de la comunidad durante quince años, o en las Escuelas S. José de Valencia, ayudando en las labores de administración y secretaría. Él recorría las oficinas y los despachos de los diversos organismos trayendo y llevando papeles, y con su cordialidad, daba una imagen amable de nuestra institución, nos abría puertas y facilitaba las faenas.

También, prestó otros servicios de distinto género. Durante años dio catequesis a los niños del Patronato de la Juventud Obrera; animó la congregación mariana de Gandía, tratando de entregar lo que él mismo había recibido en sus años juveniles.

Servicialidad envuelta en gestos sencillos: la felicitación por el cumpleaños de este o del otro, o con palabras de ánimo, de reconocimiento y elogios para los últimos responsables porque esto o aquello os ha salido bien.

El H. Rafael hacía el bien sin ruido, con discreción, que tal vez es la manera más auténtica, generosa y verdadera de hacerlo.

Y otra nota de la vida del H. Rafael es la cruz.

Su seguimiento, sus apuestas y su vida comportaron cruz.

A veces nos encandila el espejismo de creer que el seguimiento debe ser todo facilidad y felicidad, caminos de rosas y satisfacciones, pero ya nos advirtió el mismo Jesús *que el que quiera seguirme cargue con su cruz.*

Al H. Sampedro no le ha faltado. La cruz de la enfermedad, pues siempre tuvo poca salud y además padeció el mal negro y traidor de la depresión que, por temporadas, con más o menos intensidad, siempre le ha acompañado.

Cruz también interior, porque le costaba la vida comunitaria y tiraba en él un cierto individualismo y un seguir el juicio propio, con lo que ha tenido que pelear también en su vida religiosa. No poco trabajo le dio este tema, que sobrellevó como pudo, unas veces resignadamente y otras con sufrimiento.

Pero todo esto es ya vida pasada, historia, por la que tenemos que dar muchas gracias a Dios y al H. Sampedro por el mucho bien que se ha hecho posible. Ahora es tiempo de mirar hacia adelante, de escuchar con convicción al apóstol Pablo: *hemos sido sepultados con Cristo para resucitar con Él a una vida nueva.*

La vida nueva de la resurrección no es solo que a esos largos 94 años se les añada una eternidad, sino que la novedad está en que ya no habrá sombras, ni depresiones, ni incomprendiones, ni agitaciones, ni individualismos con los que pelear.

Repetía el pueblo en su eucaristía corpore insepulto, haciéndose eco del salmo, *esperamos gozar de la dicha del Señor en el país de la vida.* Esa fue la esperanza que alimentó el H. Sampedro y también la que alimenta a todo seguidor de Jesús.

Por eso, sólo nos queda orar para que, en ese país de la vida nueva, en esa plenitud y dicha sin fin, se complete lo que aquí, en este mundo, por no saber, por no querer o por no poder, no pudo ser.

Valencia, 27 de febrero 2020

José Ignacio Rodríguez Álv. sj.